

BUENO ES PARA EL ALMA ADHERIRSE A DIOS  
ENSAYO DE LECTURA DE UNOS  
SERMONES DE SAN BERNARDO  
SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES<sup>1</sup>

*Cecilia Chemello, OCSO<sup>2</sup>*

**“Para mí lo bueno es adherirme a Dios”**

*(Mihi adhaerere Deo bonum est)*<sup>3</sup>.

**“El que se adhiere al Señor se hace un espíritu con él”**

*(Qui autem adhaeret Domino, unus spiritus est)*<sup>4</sup>.

Estas dos referencias de la Escritura se encuentran muchas veces en los *Sermones Super Cantica* = SC de san Bernardo, así que me he propuesto una recorrida por estos sermones para recoger la enseñanza del Santo al respecto. Dos preguntas me interesan de modo particular:

---

1 Este artículo empezó como el fruto de una *lectio* divina prolongada de los *Sermones Super Cantica* de san Bernardo. El encuentro con los escritos de dos autores especializados fue la chispa para seguir investigando sobre el tema central de esta obra maestra de San Bernardo: la “*unitas spiritus*”. El primero fue un artículo profundo e inspirador del P. Rafael FASSETTA, del monasterio trapense de Tamié: “Le mariage spirituel dans les Sermons de Saint Bernard sur le Cantique des Cantiques”, en *Collectanea Cisterciensia*, (1986, n. 2), pp. 155-180 y n. 3, pp. 251-265. El segundo fue la ponencia del P. Yves CONGAR: “L’Ecclésiologie de Saint Bernard” en el Congreso de Dijon 1953, sobre “*Saint Bernard théologien*”, en *Analecta S. O. Cisterciensis*, (sept. 1953), pp.136-190.

2 Monja trapense, Abadesa emérita del Monasterio María Madre de Cristo (Hinojo, Buenos Aires, Argentina).

3 Sal 72,28.

4 1 Co 6,17.

1. ¿Qué es para él unirse o **adherirse al Señor** (*adhaerere Domino*)? ¿Un acto de fe? ¿De obediencia? ¿De amor?

2. ¿Y en qué consiste la **unidad de espíritu** (*unitas spiritus*) como término y fruto de esta adhesión?

## PRIMERA PARTE

### Sermones 2 - 8

“*¿Que me bese con el beso de su boca!*”<sup>5</sup>

A partir de los primeros sermones, mi interés se fue centrando en el tema del Beso pedido por la esposa y de toda su simbología. En efecto, el Beso es una expresión de amor en forma de adhesión. Ahora bien, al comentar este primer versículo del *Cantar*, san Bernardo nos ofrece dos interpretaciones sucesivas y relacionadas entre sí:

- A) Una interpretación cristológica, en SC 2,1-3 ss; 3,1. 5; y 7,2-3.
- B) Una interpretación trinitaria, en SC 8,1-9.

### A) Interpretación cristológica

San Bernardo nos hace reconocer aquí el don de la Vida divina que el Verbo hace a la humanidad mediante su Encarnación. Este DON es origen y fundamento de todo otro don.

### Sermón 2, 1-3

A partir del versículo del *Cantar* “*¿Que me bese con el beso de su boca!*”, Bernardo introduce su tema favorito: el deseo. Como la esposa del *Cantar*, los

---

<sup>5</sup> *Cant* 1,1: “*Osculetur me osculo oris sui*”. El latín es del texto crítico ofrecido en *Obras completas de San Bernardo*, V (Madrid: BAC 491, 1987). Las traducciones del latín a veces son más, comparando la versión de la BAC con la del P. José Luis Santos (Madrid, 2000, edición no comercial).

padres y profetas del Antiguo Testamento suspiraban por este Beso, entendiendo con él la venida al mundo del Mesías. Se trata de un beso espiritual, entonces, pero ¿qué es?

La clara referencia a los Salmos de deseo y a los oráculos de algunos Profetas, como en Isaías 26,8-9<sup>6</sup>, indica que nos encontramos en el tiempo litúrgico del Adviento y, como dice el texto, se aproxima la Navidad. El deseo de los Padres del Antiguo Testamento apuntaba a Él, al Ungido de Dios. Y en un primer acercamiento al tema, san Bernardo se identifica con ellos y con su secular anhelo de verdad.

“¿Para qué oír tanta palabrería de los Profetas? Mejor que me bese con el beso de su boca el más hermoso de los hijos de los hombres... Que me hable él mismo de quien aquellos hablan (*ipse, ipse, quem loquuntur, ipse loquatur*)... Su Palabra viva y eficaz es un beso para mí” (SC 2,2).

De momento, entonces, la Palabra de Cristo es el deseado beso, mucho mejor que todas las profecías. Palabra viva y eficaz, ¿cuál será su gracia en mí?, se pregunta Bernardo. Y responde: ella se convertirá en mí, como prometió a la Samaritana, “en una fuente de agua que salta hasta la vida eterna”<sup>7</sup>. Se trata entonces de una gracia crística, que “infunde gozos y revela misterios”: “Produce una admirable y casi indistinguible comunión entre la Luz suprema y la mente iluminada por ella”<sup>8</sup>.

Si esto, pues, es su efecto en el alma, se debe a lo que la Escritura afirma:

**“El que se adhiere al Señor se hace un solo espíritu con él”<sup>9</sup>.**  
(*Adhaerens quippe Deo unus spiritus est*).

En este primer desarrollo, constatamos que el Santo describe una experiencia contemplativa fundada en la Palabra de Cristo que se revela al espíritu humano cuando éste quiere **adherirse** a ella por la fe, el amor y el deseo.

---

6 “Tu Nombre y tu recuerdo son el deseo de nuestra alma. Mi alma te desea por la noche, y mi espíritu te busca de madrugada”.

7 Cf. Jn 4,14.

8 SC 2,3: “*Mira quaedam et quodammodo indiscreta commixtio superni luminis et illuminatae mentis*”.

9 1 Co 6,17.

Me pregunto ¿será esta la única forma de unión? Si fuera así podríamos estar contentos con una afortunada y fructuosa *lectio divina*.

Pero no, con esta introducción estamos sólo al comienzo de un amplio desarrollo. En efecto, en la raíz de esta experiencia contemplativa está la **encarnación del Verbo**, porque el encuentro que produce la experiencia no se da directamente con la divinidad, sino que es mediado por Cristo y la humanidad asumida por él. Todo lo que sigue apunta a afirmarlo y a demostrarlo desde distintos acercamientos, siempre sirviéndose del símbolo del beso. Bernardo lo explica:

“Tampoco pretendo que me bese él mismo (es decir la persona divina del Verbo) con su boca. Este privilegio singular queda reservado exclusivamente para la naturaleza humana que él asumió (*assumpti hominis*). Más humildemente le pido que me bese con el beso de su boca” (2,2)

Y sigue diciendo:

“¡Escuchen bien!

La BOCA que besa es el Verbo que asume.

El BESADO es la carne asumida por el Verbo.

El BESO que se produce entre ellos es la misma y única persona resultante de la unión de los dos: el hombre Cristo Jesús”<sup>10</sup>.

Una sola vez e individualmente la humanidad había sido besada por el Verbo de Dios, cuando “toda la plenitud de la divinidad se entregó (*indulsit*) a ella corporalmente”. Sin embargo, ahora todos podemos anhelarlo a él porque “de su plenitud todos hemos recibido” (cf. Jn 1,16).

Ahora bien, si Cristo Jesús, en toda su integridad personal humano-divina, es el Beso de Dios anhelado por “nuestros santos antecesores”<sup>11</sup>, ¿cuál será el Beso

---

10 SC 2,3: “*Intendite! Sit os osculans Verbum assumens. Osculatum: caro quae assumitur. Osculum vero, quod pariter ab osculante et osculato conficitur. Persona ipsa ex utroque compacta homo Christus Iesus*”.

11 SC 2,3.

que a su vez Cristo es capaz de dar a los hombres, y al cual el mismo Bernardo aspira: “Humildemente pido ser besado con el beso de su boca”<sup>12</sup>?

Saliendo de lo simbólico: **Jesús mismo** (*Iesus meus*), desde su plenitud, nos ofrece **en su humanidad personal todos los tesoros de su naturaleza divina: esto es el Beso de Cristo**; y el compendio de estos dones es la Paz, por la cual Dios reconcilia el cielo y la tierra<sup>13</sup>. Reconocer y aceptar este don del Hijo de Dios es nuestra manera humana de adherirnos a él:

“Con toda confianza acepto como mediador al Hijo de Dios, pues también es hombre como yo. Es mi hermano y tiene mi misma carne”<sup>14</sup>.

Volviendo a lo simbólico, el mismo Bernardo al final del sermón nos da la conclusión de este primer desarrollo: “En fin, el beso como tal no es sino el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús”<sup>15</sup>.

### Sermón 3

Después de haber asentado con fuerza el fundamento cristológico de toda experiencia contemplativa, san Bernardo sigue manteniendo despierto el interés de sus oyentes apelando directamente a sus vivencias:

“Hoy abrimos el libro de la experiencia... Me gustaría saber si a alguno de ustedes se le ha dado poder decir sinceramente: ¡Que me bese con el beso de su boca!” (3,1).

Ya vimos que de la boca de Cristo sale la Palabra viva y eficaz, de la cual Bernardo había dicho: “¡Es un beso para mí!” (2,2). Sin embargo aquí ya no se trata sólo de esto, porque estamos al comienzo de un nuevo desarrollo que quiere ir más en profundidad. ¿Qué es entonces el beso espiritual que se recibe de

---

12 SC 2,2: “*Humilius ab osculo oris sui peto me osculari*”.

13 SC 2,3.

14 SC 2,6 ; cf. Gn 37,27.

15 SC 2,9.

Cristo, de su Boca (“*ex ore Christi spirituale osculum*”<sup>16</sup>)? Esta es la pregunta que ocupará la exposición del Santo durante varios sermones.

Reconocemos aquí aquel “Beso del Beso” del cual trató en el sermón anterior. Hay que solicitárselo al Señor, humildemente y purificándose de los pecados, pero deseando repetir la experiencia. Observo que por primera vez Bernardo lo ha definido como “**beso espiritual**”. Lo describe a continuación como “un maná escondido,... una fuente sellada que no se abre al extraño. Sólo quien de ella beba quedará todavía con sed”<sup>17</sup>. Lo anuncia, entonces, como experiencia privilegiada, reservada para los que vayan preparándose para este don.

Como buen pedagogo, san Bernardo nos enseña a continuación el camino previo a esta experiencia espiritual, dado que la mayoría de nosotros estamos cargados de pecados y dañados por las pasiones que nos esclavizan: “Al alma aún imperfecta le voy a mostrar el lugar adecuado para encontrar salvación”. Nos introduce así al ejercicio de la **penitencia** (“beso de los pies de Cristo”) y de la **confianza** en la ayuda del Señor (“beso de su mano”)<sup>18</sup>. Sólo entonces el alma así purificada puede animarse a pedir una gracia mayor:

“En la medida en que vas creciendo en la gracia, se dilatará tu confianza, amarás más ardientemente y pedirás más confiado”<sup>19</sup>.

“Este es el camino, este es el proceso (*Haec via, hic ordo*)” nos dice, subrayando la importancia de esta gradualidad para llegar a quien buscamos:

“Entonces quizá, con temor y temblor nos atrevamos ya a levantar la cabeza hasta la misma boca de la gloria, no sólo para contemplar sino también para besar, porque *Cristo el Señor es espíritu delante de nuestro rostro*<sup>20</sup>, y **al adherirnos** a él con un beso santo, nos hacemos por su favor, **un solo espíritu**”<sup>21</sup>.

---

16 SC 3,1.

17 SC 3,1. Cf. Ap 2,17; Ct 4,12; Si 24,29.

18 SC 3,2-4.

19 SC 3,5.

20 Lm 4,20 en la *Vulgata*.

21 SC 3,5.

Es muy interesante notar aquí cómo Bernardo, con su referencia al texto de Lamentaciones 4,20 en versión de la Vulgata, subraya con una imagen claramente alusiva, la dimensión espiritual de la humanidad de Cristo –¿resucitado?– que hasta ahora no había mencionado y que va a ser el eslabón-clave para significar el rol mediador de Cristo en la experiencia espiritual.

### Sermón 7,2-3.7

#### *El Verbo y el alma*

Después de una larga digresión, en los sermones anteriores, sobre los dos besos de las manos y de los pies, Bernardo vuelve al tema del **beso espiritual**, cuyo comentario había dejado en suspenso en el Sermón 3,5. Es decir el Beso de la boca.

Allí pudimos observar que, progresando en su exposición, el Santo matizó suavemente el significado del símbolo, aunque permaneciendo en la que he llamado “interpretación cristológica”. Es decir que, a diferencia de SC 2, donde la Boca era el Verbo y el Beso expresaba la unión de las dos naturalezas –humana y divina–, en el sermón 3 ya no se trata de unión de naturalezas, sino de comunicación del Amor al alma purificada y confiada.

Antes de continuar, surge espontánea la pregunta de por qué Bernardo, a partir de aquí, siempre habla del Verbo y no de Cristo. Una explicación, que no es suya, sino de un estudioso autorizado, el P. Yves Congar, es que según el santo, influenciado por su lectura de Orígenes, hay una afinidad tan grande entre el alma y el Verbo, del cual ella es imagen, que cuando se trata de unión, hay que subrayar el carácter espiritual de ambos. A su vez, se reserva para Cristo el título de “Esposo de la Iglesia”, sin duda por su referencia a la palabra inspirada de Ef 5,25<sup>22</sup>.

Así ahora estamos entrando en el tema de las relaciones entre el Verbo y el alma. “Que me bese, dice, con el beso de su boca. ¿Quién habla aquí?”, se pregunta. La respuesta es clara: quien pide el Beso espiritual es la esposa. ¿Y quién es la esposa? “El alma sedienta de Dios”<sup>23</sup>.

22 Cf. *Analecta S. O. Cisterciensis*, septiembre 1953, p.149, en nota.

23 SC 7,2: “*Osculetur me, inquit ,osculo oris sui. Quis dicit? Sponsa. Quenam ipsa? Anima*”

Definición genial, que introduce el análisis que sigue, sobre el afecto específico de la esposa que es el **amor**, con todas sus características.

“Entre los dones de la naturaleza sobresale el afecto del amor, especialmente si retorna a su principio que es Dios. No se han encontrado nombres tan dulces para expresar los mutuos y dulces afectos del Verbo y del alma, como estos dos: esposo y esposa”<sup>24</sup>.

La descripción que sigue es claramente esponsal:

“Lo tienen todo en común:... una sola herencia, una misma mesa, la misma casa, un mismo lecho y hasta una sola carne”<sup>25</sup>.

A este propósito escribe Fassetta con profunda intuición:

“Considero poder afirmar sin la menor duda que la imagen de la esposa, en la teología mística de san Bernardo, no tiene simplemente un valor literario, sino que presenta una densidad concreta correspondiente a una actitud real, ontológica, del alma en la vida de la gracia. Dios –el Verbo Encarnado– y el alma se unen el uno al otro en una intimidad tan profunda que las analogías tomadas en préstamo de la vida conyugal son las únicas capaces de significar este misterio... Los textos de los místicos no son simplemente unas lindas piezas literarias, sino que por la fuerza sugestiva del símbolo, alcanzan unas auténticas realidades teologales”<sup>26</sup>.

Para subrayar la reciprocidad de esta relación esponsal, Bernardo cita sorprendentemente las palabras de la Escritura en el libro del Génesis aplicándolas al Verbo:

“El hombre dejará (*relinquet*) por ella al padre y la madre y se unirá (*adhaerebit*) a su mujer, y serán dos en una sola carne”<sup>27</sup>.

---

*sitiens Deum*”.

24 *Ibid.*

25 *Ibid.* “*Omnia sunt communia:... una hereditas, una mensa, una domus, unus thorus, una etiam caro*”.

26 *Collectanea Cisterciensia* 1986 n. 2, p. 171.

27 SC 7,2. “*Propter hanc relinquet ille patrem et matrem, et adhaerebit uxori suae, et erunt duo*

Me parece que sea ésta la única vez en que san Bernardo usa el verbo **adherirse** para expresar el movimiento activo del Verbo-Esposo hacia el alma-esposa. Habitualmente lo encontramos aplicado a la esposa en su respuesta a él. En todo caso la referencia al texto de Gn 2,24 para presentarnos al “joven Verbo” que deja (*relinquet*) el seno familiar para unirse a su esposa, y que lo hace “por ella”, es decir porque la ama, ¡sorprende y conmueve por su singular belleza!

Por fin, si tal es el Esposo, a la esposa ¿no se le pedirá también que “olvide su pueblo y la casa paterna”?<sup>28</sup>. Entendido: para **adherirse** a él. Por lo tanto:

“Si amar es lo más propio de los esposos (*amare, sponsis specialiter principaliter que convenit*), no sin razón se le puede llamar esposa al alma que ama. Ama y pide un beso. No pide libertad, ni recompensa, ni herencia, ni doctrina: pide un beso, como suele hacer una esposa muy casta y que exhala santo amor”<sup>29</sup>.

¿Cuáles serán las características de su amor? Lo va precisando para sus monjes en el párrafo siguiente, antes de apuntar a alguna aplicación moral de su doctrina.

El amor de la esposa es casto, santo y ardiente.

“Ama castamente la que sólo busca al que ama, y no cosa alguna de él. Ama santamente porque su amor no procede de la concupiscencia de la carne, sino de la pureza del espíritu. Ama ardientemente, tan ebria por su propio amor que no repara en la majestad de él”<sup>30</sup>.

El amor ardiente infunde confianza, y la confianza, libertad:

“¡Qué grande es la fuerza del amor! ¡Qué confianza de libertad infunde en el espíritu! La *caritas* perfecta echa fuera el temor. ¿Hay algo más evidente?”<sup>31</sup>

---

*in carne una*”. Cf. Gn 2,24 y Mt 19,5.

28 Sal 44,11.

29 SC 7,2.

30 SC 7,3.

31 *Ibid.*; cf. 1 Jn 4,18.

Hacia el final del sermón<sup>32</sup>, Bernardo concluye con una exhortación práctica para sus monjes. Puesto que alabar y salmodiar a Dios es propio de la Esposa, renueven su fervor y purifiquen su corazón de todo orgullo e impureza. “Que su mente sólo busque agradar a Dios y permanecer unida (*inhaerere*) a él”, porque son los puros de corazón los que pueden cantar diciendo:

“Mi alma está unida a ti” (*Adhaesit anima mea post te*)<sup>33</sup>.

Y también:

“Para mí lo bueno es adherirme a Dios” (*Mihi autem adhaerere Deo bonum est*)<sup>34</sup>.

## Resumiendo esta interpretación

A partir del símbolo del “Beso” de Ct 1,1, san Bernardo nos introduce en la experiencia contemplativa presentando con vigor su **fundamento cristológico**: el acceso a Dios sólo es posible por mediación del Verbo Encarnado.

En un primer momento de su exposición, el Beso es la “palabra viva y eficaz” de Cristo; pero a continuación va profundizando más: el Beso de Dios es el mismo Cristo, Hijo de Dios encarnado. Así la unión del Verbo con la naturaleza humana no solamente reconcilia consigo a toda la humanidad pecadora, sino que también permite que toda “alma sedienta de Dios” crezca y permanezca en la adhesión del amor.

Esta **adhesión**, unión íntima con él, es el Beso espiritual (cf. 3,1) que el alma-esposa pide a Jesús. Ella lo pide a Aquel que se ha unido a ella después de haber abandonado a su “familia divina” (cf.7,2) para hacerse “marido” de la humanidad. Y ¿por qué lo pide? Para poder, a su vez **adherirse** individual y personalmente a su Esposo, deviniendo así **un solo espíritu** con él (cf.3,5).

---

32 SC 7,7.

33 Sal 62,9.

34 Sal 72,28.

## B) Interpretación trinitaria

### Sermón 8,1-9

Después de haber afirmado el fundamento cristológico de la unión espiritual, Bernardo sigue tratando del “beso espiritual” pedido por la esposa, pero empezando por lo más elevado: su origen trinitario. Es decir hablará del BESO inefable del Amor divino en la misma Trinidad.

Como comenta justamente Fassetta<sup>35</sup>, en este sermón san Bernardo repite la distinción anterior, pero explicándola diversamente.

“Beso de la boca... es el beso inefable y nunca experimentado por criatura alguna” del cual nos habla el Evangelio: “*Nadie conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*”<sup>36</sup>.

En efecto, comenta el santo al utilizar otro texto evangélico:

“El Padre ama al Hijo<sup>37</sup> y le abraza con dilección singular. A su vez el Hijo le ama con no menor ternura, estrechándose a Él y le demuestra su amor entregándose a la muerte”<sup>38</sup>.

Observamos que las características del amor trinitario que Bernardo subraya aquí son:

- la *igualdad* de las Personas divinas
- la *reciprocidad* de su relación, y su exclusividad
- el inefable Beso que une al Padre y al Hijo es al mismo tiempo *conocimiento y amor*.

Poco más adelante, Bernardo saldrá de lo simbólico, identificando explícitamente este misterioso Beso con la tercera Persona divina: el *Espíritu Santo*.

---

35 *Art. cit.*, p. 173.

36 SC 8,1. Cf. Mt 11,27.

37 Jn 5,20.

38 SC 8,1.

“Si entendemos bien que el Padre es el que besa y el Hijo es el besado, no es desacertado concluir que el Beso es el Espíritu Santo, paz imperturbable, vínculo indisoluble, amor inseparable, unidad indivisible del Padre y del Hijo”<sup>39</sup>.

Sin embargo nadie puede ser admitido a ese misterio tan santo y trascendente del amor divino. ¿Cuál será la posibilidad de la esposa de participar en él? Aquí viene la distinción mencionada arriba. Ella pide, pero dirigiéndose al Hijo encarnado: “Que me bese, dice, con el **Beso** de su boca”. Es decir, no con su Boca sino con el “beso del Beso” (*osculum ab osculo oris*), porque el Beso de la boca, (*osculum de ore*) es reservado exclusivamente para el Padre.

Ahora bien, Cristo accedió efectivamente al pedido de la Iglesia su esposa: besó la primitiva Iglesia de los Apóstoles, en la tarde de Pascua después de su resurrección.

“Contemplad a la nueva esposa recibiendo un beso nuevo, pero no de la boca sino del beso de la boca. Sopló sobre ellos y dijo: *Recibid al Espíritu Santo*. Este fue el beso:... No el soplo corporal, sino el Espíritu invisible infundido con aquel soplo del Señor, para que con ese signo se entendiese que procedía tanto de él como del Padre, lo mismo que un beso es verdaderamente común al que besa y al besado”<sup>40</sup>.

Se trata, por lo tanto, de una *acción trinitaria* comunicada y expresada por el símbolo eficaz del Soplo corporal del Señor Resucitado. Y según esta hermenéutica tan alusiva y peculiar de nuestro Santo, todo lo que la Escritura dice de la Iglesia debe poder ser aplicado al alma individual.

Va configurándose así aquel *beso espiritual* que pedía la esposa, es decir el “alma sedienta de Dios”<sup>41</sup>. Ella se atreve confiada a pedir la infusión del Espíritu Santo, apoyándose en la promesa evangélica de que se revelaría “*a quien el Hijo se lo quiera revelar*”, segura de que es a ella a quien él quiere comunicar este Beso<sup>42</sup> en el cual se le infundirá “un triple conocimiento (*Trinae agnitionis*)”: no sólo del

---

39 SC 8,2.

40 *Ibid.*

41 Cf. SC 7,2.

42 Cf. SC 8,3.

Hijo y del Padre, sino también del Espíritu Santo<sup>43</sup>. Es acción trinitaria, entonces, pero de la cual se encarga el Hijo, dando y revelando<sup>44</sup>. Es más: en la revelación que se produce por la infusión del Espíritu, no sólo se ilumina el conocimiento sino que también se enciende el amor.

Con razón, pues, la esposa, para recibir la doble gracia de este Beso santo, presenta sus dos labios: la *razón* para alcanzar inteligencia y la *voluntad* para saborearla<sup>45</sup>. ¡Ellas son las condiciones antropológicas de nuestra adhesión a Dios!

A continuación, san Bernardo sigue su explicación de la relación que viene a darse entre el alma así agraciada y las Personas divinas. Para que distingamos con más claridad entre uno y otro beso, es decir entre el Beso que recibe Cristo del Padre en el seno de la Trinidad y la acción trinitaria en la esposa, hay que reconocer la gran distancia que hay entre ellos. El mismo san Pablo, elevado al tercer cielo, tuvo que aceptarse tal como era, una creatura incapaz de llegar hasta el rostro de Dios<sup>46</sup>.

¿Cómo podrá salvarse esta distancia abismal? Aquí las palabras-clave son: *plenitudo* y *participatio*. Sólo en Cristo el Beso-Espíritu que lo une al Padre es *plenitudo*. Pero al alma que lo pida con humildad, este Beso será concedido por condescendencia divina y como *participación* de la plenitud de Cristo. El que recibe la plenitud es besado en la boca, y el que recibe de la plenitud es besado con el beso de la boca: “Por tanto, para Cristo ese beso es plenitud, y para Pablo participación”.

Por consiguiente –dice el santo, al exhortar a la esposa– ¡que la humildad se revista de confianza y experimentará la dicha, no sólo del amor del Esposo, sino también de la ternura del Padre!

“¡Oh beso dichoso, por el cual no sólo es conocido Dios, sino amado el Padre, el cual nunca es plenamente conocido sino cuando es perfectamente amado!”<sup>47</sup>.

---

43 SC 8,5.

44 *Ibid*: “*Dando revelat et revelando dat*”.

45 SC 8,6: “*intelligentiae rationem et sapientiae voluntatem*”.

46 Cf. 8,8, citando 2 Co 12,2.

47 SC 8,9.

Bernardo sigue preguntando si alguno de nosotros ha oído alguna vez, en el secreto de su conciencia, al Espíritu del Hijo que clama: “*Abba, Padre*”. Ahora bien, esa alma puede presumir de ser amada por el tierno amor del Padre. ¡Su actitud privilegiada será la **confianza**!

“Tú, quienquiera que seas, confía, confía sin vacilar. En el Espíritu del Hijo reconóctete como hija del Padre, esposa y hermana del Hijo”<sup>48</sup>.

Ya lo vimos anteriormente: el alma-esposa es el alma sedienta de Dios. Ella pertenece a la Iglesia y en ella la Iglesia se realiza. Por esta pertenencia puede reclamar y hacer suyo el DON ofrecido por Cristo Resucitado. El fundamento de esta confiada seguridad es **la fe en la Encarnación del Verbo**, y la **experiencia íntima** es el criterio que lo comprueba.

Fe y experiencia configuran así los elementos básicos, genéticos, de la identidad sponsal del alma. Ella es:

“Hermana del Hijo, porque provienen de un mismo Padre, y su esposa en el mismo Espíritu. Pues si el matrimonio carnal hace que dos sean una sola carne, ¿por qué la unión espiritual no va a unir todavía más a dos en un solo espíritu?

Porque: El que se adhiere al Señor se hace un solo espíritu con él”  
(“*qui adhaeret Domino unus spiritus est*”)<sup>49</sup>.

## Concluyendo

En este Sermón 8, hemos analizado la que he llamado la “interpretación trinitaria” del símbolo del beso. En realidad las dos interpretaciones, la cristológica y la trinitaria, están estrechamente relacionadas, siendo la segunda el origen y el cumplimiento de la primera.

En el primer desarrollo, de los sermones 1-7, quedó afirmado que toda experiencia contemplativa es posible por la obra mediadora del Verbo encarnado. Por el don de la filiación tenemos acceso a la vida divina, que es la vida misma

---

48 *Ibid.*

49 *Ibid.*

del Hijo. En el segundo, del Sermón 8, Bernardo hace resaltar cómo esta vida es trinitaria, tanto que toda alma sedienta de Dios puede experimentar la otra mediación del Hijo encarnado que le hace don de su Soplo divino como lo hizo con los Apóstoles en el día de su Pascua.

El Espíritu Santo es y será, en Cristo, plenitud de conocimiento y de amor del Padre, y para el alma es participación de la plenitud de él. Percibimos aquí un eco de la palabra evangélica mencionada al comienzo del primer desarrollo, en el segundo sermón (2,2): “*De su plenitud todos hemos recibido*” (Jn 1,16). Aquí se entiende el realce dado a la respuesta personal (**adhesión**) del alma en su relación con Jesús (*mi Iesu*). Relación que san Bernardo llama y describe como esponsal. Sobre este particular él va destacando que:

- La iniciativa viene de Dios: el Verbo-Hijo deja el seno trinitario para unirse a su esposa (7,2) hasta formar una sola carne: es la interpretación cristológica.
- Además, le infunde su Espíritu (8,2) como anticipo y propuesta para ser **un solo Espíritu con él** (8,9): es la interpretación trinitaria.
- Por esto, la Iglesia-alma-esposa sigue pidiendo con atrevimiento confiado y humilde conversión, el beso del conocimiento (*agnitio*) y del amor (*dilectio*), que le es necesario para vivir y crecer en su propia plenitud de creatura.
- La **adhesión** de la esposa a su Esposo va configurándose así desde estos comienzos con una característica relacional de dependencia y reciprocidad, que será iluminada por otros desarrollos del Santo en los sermones siguientes.

## SEGUNDA PARTE

En la primera parte de mi estudio pude ver que el tema de la **adhesión** espiritual para san Bernardo es esencialmente un tema esponsal. No es únicamente un asunto de fe o de obediencia, sino de confianza y de amor, aunque esto incluya aquello. Su fundamento siempre es teológico.

En los sermones que siguen al octavo, encontramos muchos temas afines, con sus aplicaciones morales, especialmente indicadas para la vida monástica. Sin embargo, conviene seguir el hilo que nos trazan las dos referencias de la Escritura:

“Para mí lo bueno es adherirme a Dios”  
(*Mihi adhaerere Deo bonum est*)<sup>50</sup>.

“El que se adhiere al Señor se hace un solo espíritu con él”  
(*Qui autem adhaeret Domino, unus spiritus est*)<sup>51</sup>.

Para esto, hay que llegar al **Sermón 26,5** donde Bernardo hace duelo por la muerte de su hermano Gerardo, y al mismo tiempo se dirige a él, reconociendo su felicidad de haber llegado a la presencia de Cristo después de una vida de fiel servicio en el monasterio. Ahora él está gozando de aquella unión definitiva y eterna de la cual la unión mística en este mundo es sólo un presentimiento.

“Estar unido al Señor es ser **un solo espíritu con él** (*unus spiritus est*); todo queda transformado en cierto afecto divino. Lleno ya de Dios, no se puede sentir ni saborear nada sino a Dios y lo que Dios siente y saborea. Dios es Amor y cuanto más unido está alguien a él, tanto más se llena de amor”.

Encontramos aquí una acabada descripción de la “*unitas spiritus*”, un tanto sobria y medida, quizá porque se trata de la felicidad eterna que trasciende toda experiencia. Esta última es nuevamente objeto de enseñanza en los *Sermones 31* y *32*.

### Sermón 31

*Prolegómenos de la unión: el deseo y la visita*

Comentando el versículo del Cantar: “*Avísame, amor de mi alma, dónde pastoreas al rebaño, dónde descansas al mediodía*” (Ct 1,6), Bernardo aborda el tema de las *visitas*, afirmando que a los espíritus fervorosos (*studiosis*) el Verbo se manifiesta a menudo, aunque sea de distintas formas, adecuadas a nuestra situación terrenal (31,1).

---

50 Sal 72,28.

51 1 Co 6,17.

Es cierto que sólo en la vida eterna veremos a Dios “tal cual es” y que por ahora sólo podemos reconocerlo en las obras de la creación, o en las formas y las palabras con que se manifestó a los Padres en el Antiguo Testamento. Pero, dice el santo:

“Existe una visión divina (*divina inspectio*) diferente de las anteriores por ser más interior: cuando Dios se digna visitar personalmente al alma que lo busca, con tal que se entregue a buscarlo con todo su anhelo y amor”<sup>52</sup>.

El encuentro aquí se da en la reciprocidad indicada por el doble movimiento del *deseo* de parte del alma y de la espontaneidad de la respuesta divina que “se digna *visitar* personalmente”<sup>53</sup> a su esposa. El mismo ardor del santo deseo es la señal que anticipa la presencia del Señor en el alma, y ella lo reconoce al sentirse abrasada como por un fuego “capaz de consumir todos los vicios”.

El acento está puesto en el *deseo* que caracteriza al alma, que en los primeros sermones había sido llamada “sedienta de Dios” y aquí, en 31,5, está plasmada en imágenes vivas: “Ella suspira frecuentemente, ora sin cesar y se aflige a causa del deseo”.

Lleno de compasión, el Verbo deseado le sale al encuentro<sup>54</sup>, mientras el ángel de la guarda, que estuvo intercediendo por ella (¡en un largo pero preciosísimo *excursus!*), comparte su gozo y ofrece sus buenos servicios.

Ahora bien, si el deseo precede a la Visita, esta misma desemboca en *unión*. Pero ¿cuál será su naturaleza? Ninguna duda de que se trate de una experiencia espiritual.

“No vayas a pensar que en esta íntima unión (*commixtione*) del Verbo y del alma se perciba algo corporal o imaginario.... Sea que se trate de una elevación del alma pura (*excessum purae mentis*) hacia Dios, o del amoroso descenso de Dios hacia el alma, esta unión es espiritual (*in spiritu sit ista coniunctio*), porque Dios es espíritu”.

---

52 SC 31,4.

53 *Ibid.* “*per seipsum dignatur invisere Deus*”.

54 SC 31,5: “*desideratus ille miseratus occurrit*”.

Y así, “Como dice el Apóstol:

*El que se adhiere a Dios se hace un solo espíritu con él  
(qui adhaeret Deo unus spiritus est)*<sup>55</sup>.

En verdad: Dios es Espíritu, y busca apasionadamente (*concupiscit*) en el alma pureza y amor. Por su parte la esposa misma, “tan querida y amada”, no va a quedar satisfecha hasta que el Esposo mismo –y no sus creaturas o sus revelaciones– baje del cielo:

“y deslizándose en sus afectos más íntimos, ella pueda recibirlo bajado del cielo (*coelitus illapsum suscipiat*), hasta en el mismo meollo del corazón”<sup>56</sup>.

Nada más evidente que esta descripción, para iluminar la naturaleza de la *unitas spiritus* como la entiende Bernardo: **unión esponsal y espiritual**, preparada por la búsqueda mutua del deseo y realizada por una *Visita* que es invisible e interior. Lo va a subrayar con abundancia de términos, expresivos y elegantes. Sin mediación de imágenes ni pasar por los sentidos, el Verbo se infunde y penetra en el alma, despertando los afectos<sup>57</sup>, “comunicando gozo e imprimiéndose en el corazón (*faciem cordis laetificans*)”.

La *Visita* es, entonces, espiritual, pero el Verbo no se presenta como es en sí mismo, sino como Él quiere darse a conocer, adaptándose a los deseos y necesidades del alma. Sólo en la vida eterna lo veremos tal cual es: “por ahora, no (*non tamen adhuc*)”<sup>58</sup>. Ahora es el tiempo de la fe. En efecto, repite: “Cristo el Señor es Espíritu delante de nosotros, a su sombra viviremos entre los pueblos”<sup>59</sup>.

La versión de la *Vulgata*, que Bernardo utiliza aquí, se presta para indicar el contraste entre la luz divina y la penumbra de la vida humana. Si Dios es Luz

---

55 SC 31,6.

56 *Ibid.*

57 SC 31,6: “*non figuratum sed infusum, non apparentem sed afficientem*”.

58 SC 31,7.

59 SC 31,8, citando Lm 4,20: “*Spiritus ante faciem nostram Christus Dominus. In umbra eius vivemus inter gentes*”.

y Espíritu, tendremos acceso a él no con los sentidos del cuerpo sino por la *fe*, y vivir de la fe es vivir “a la sombra de Cristo”. ¿Qué significa esto? “¡Buena es la sombra de la fe!” (*Bona fidei umbra!*).

“La fe no extingue la Luz, sino que la custodia... También la Madre del Señor vivía en la sombra de la fe, y por eso le fue dicho: *Dichosa tú que has creído*. Ella había recibido esta sombra del cuerpo de Cristo, pues le había dicho el ángel: *El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra*”<sup>60</sup>.

Es decir, como aconteció en la Virgen, el mismo Verbo encarnado es quien, con la Luz de su divinidad, proyecta sobre nosotros, mediante su cuerpo, la sombra de la fe. “Sombra de gran poder es entonces *la carne de Cristo (vere virtus in carne Christi)*”, poder que sigue actuando todavía en nosotros. ¡Sorprendente exégesis, la de Bernardo! Exégesis teológica y mística.

Ahora bien, no termina aquí este interesante desarrollo sobre el poder de la carne de Cristo, en el cual queda realzada la gracia mediadora de su humanidad. En efecto, si queremos vivir bajo la sombra de Cristo, debemos alimentar nuestra fe, y ¿cómo alimentarla si no es por su carne eucarística?

Los que caminamos en la fe vivimos a la sombra de Cristo, y nos **alimentamos** de su carne para vivir, porque la carne de Cristo es verdadera comida<sup>61</sup>.

## Resumiendo

Al comienzo del sermón, Bernardo había indicado las distintas formas con las que el Verbo-Esposo se presenta a menudo a los espíritus fervorosos (*studiosis mentibus*), para detenerse especialmente en la Visita interior al alma de deseo. Penetrando desde lo alto hasta el meollo del corazón e inaccesible para los sentidos, esta Visita interior es absolutamente espiritual, pero afecta al alma en sus afectos mismos, dejando el rastro eficaz de sus huellas. *Deseo* y *Visita* son, entonces, los prolegómenos de la *unitas spiritus* que estamos investigando.

---

60 SC 31,9.

61 SC 31,10.

Pasando luego a describir el rol de la fe en el proceso espiritual, y lejos de excluir la mediación de la “carne” asumida por el Verbo, Bernardo demuestra cómo Cristo, uniéndose con su creatura espiritual, se ofrece integralmente a ella custodiándola y alimentándola con su propio cuerpo vivificante. Es así como la esposa verá realizado por ahora (interim) su deseo de recibirlo en lo más íntimo de su ser, a fin de “**ser un solo espíritu con él**”.

## Sermón 32

### *La visita y sus alternancias*

Antes de describir otras manifestaciones de Cristo a las almas fatigadas o a los espíritus inquietos, san Bernardo sigue con el tema anterior para aclarar unos aspectos de la Visita del Verbo:

“Entre nosotros hay algún hombre de deseo, para el cual **lo bueno es adherirse a Dios** (*adhaerere Deo bonum est*)”<sup>62</sup>.

Se dirige entonces a aquellos de sus monjes que pueden ser llamados “*hombres de deseo*” (cf. Dn 9,23). “Anhelan estar con Cristo; lo anhelan con vehemencia, les abrasa esa sed y lo meditan asiduamente”<sup>63</sup>. Ya vimos que el deseo ardiente es el afecto específico de la esposa. Ellos, entonces, recibirán la Visita del Verbo “en forma de Esposo”, es decir:

“Se sentirán abrazados interiormente como por unos brazos de la sabiduría (*brachiis sapientiae*), y se les infunde así la suavidad del *Santo Amor*”<sup>64</sup>.

La unión espiritual es expresada aquí, como antes, con imágenes corporales y afectivas, indicios de la experiencia personal. ¡Sin embargo la Visita “será breve y parcial!”. No obstante, podrá repetirse con frecuencia y por ahora la esposa goza, sí, pero padece:

---

62 SC 32,2.

63 SC 32,2.

64 SC 32,2.

“La presencia del Esposo le procura gozos frecuentes pero no muy intensos, porque si bien le alegra su visita, le molesta su discontinuidad (“*visitatio laetificat sed molestat vicissitudo*”)<sup>65</sup>.

Esta es su vivencia, hasta que, “liberada del cuerpo mortal, su espíritu pueda correr tras el Amado donde quiera que vaya”<sup>66</sup>.

Podemos constatar aquí que la *alternancia (vicissitudo)* de visitas y de ausencias –colmadas por el deseo– es un tema favorito de nuestro Santo, sobre el cual volverá en varios sermones.

## Sermones 40 y 59

A san Bernardo le fascina la imagen de la tórtola,avecilla púdica y fiel a su pareja, incluso después que ha muerto. Vamos a encontrar este tema en estos dos sermones.

### a) Sermón 40

*Como la tórtola*

Al explorar la “*intentio*” del alma –es decir la *orientación del deseo* en la búsqueda de Dios– se pregunta sobre el objeto y la causa de la misma. ¿Qué es lo que nos mueve en esta búsqueda? Hay que investigar los dos aspectos del deseo que corresponden a las “dos mejillas de la tórtola” que nos propone el Cantar: “¡Qué bellas tus mejillas, parecidas a las de una tórtola!”<sup>67</sup>. De cada uno de estos aspectos se concluye si el alma es bella o deforme.

Por ejemplo, dice, una cosa es buscar la verdad por sí misma, y otra por vanagloria. También puede ocurrir que alguien, en medio de muchas ocupaciones, actúe bien, con rectitud, pero sin tender claramente hacia Dios. En ambos casos no hay pureza en el deseo de Dios. Diferente es la actitud de la esposa: “Buscar a

---

65 *Ibid.*

66 *Ibid.*

67 SC 40,1. Cf. Ct 1,9.

Dios solo y por él solo es propio y exclusivo de la esposa<sup>68</sup>. Aquí va entonces la apasionada invitación de san Bernardo a purificar y perfeccionar el deseo en sus dos aspectos:

“Por tanto, tú que escuchas esto, si te sientes movido por estos impulsos del Espíritu Santo y te apremia el deseo de convertir tu alma en esposa de Dios, esfuérzate por embellecer las dos mejillas de tu intención. Imita a esta castísimaavecilla, y quédate solo en tu soledad<sup>69</sup>”.

No es un proyecto humano desposarse con el Señor de los ángeles, sino un don de Dios que hay que pedir por la oración:

“¿No está por encima de ti **adherirte a Dios y hacerte un solo espíritu con él?** (*adhaerere Deo atque unum spiritum esse cum eo*)”.

Con unas bellas expresiones invita entonces a la *oración en soledad*:

“Oh alma santa, permanece solitaria y resérvate exclusivamente para el Señor (Sola esto, ut soli serves teipsam). Aléjate pues, pero no corporalmente, sino con tus pensamientos, con tu deseo, con tu devoción, con tu espíritu. Cristo el Señor es Espíritu ante tu rostro, y aunque el Espíritu no requiere la soledad corporal, a veces conviene que te apartes también corporalmente, en especial durante la oración<sup>70</sup>”.

También Jesús lo hizo, apartándose un poco de los demás en ciertas circunstancias.

¡Esta es la *soledad cenobítica*! Y la describe todavía más:

“Soledad del pensamiento y del espíritu: estarás solo si no piensas en torpezas,... si te fastidia lo que todos desean, si evitas las discusiones, si no te afecta lo que te duele, si no recuerdas las injurias... ¿Ves cómo puedes vivir solo rodeado de muchos y entre muchos solo?”<sup>71</sup>.

---

68 SC 40,3.

69 SC 40,4.

70 *Ibid.*

71 SC 40,5: “*solum inter multos, et inter multos solum*”.

## b) Sermón 59,1-2

*Habla el Amor: verdadero Dios y verdadero hombre.*

En el sermón anterior la tórtola simbolizaba a la esposa, púdica y recoleta, preparándose para el desposorio en la soledad y la oración.

Después de tratar otros temas que apuntan al crecimiento de la esposa en la humildad y la caridad, y siguiendo el orden de los versículos del Cantar de los Cantares, Bernardo vuelve aquí a la imagen de la tórtola, pero con otro significado.

*“La voz de la tórtola se deja oír en nuestra tierra”<sup>72</sup>.*

¿Quién habla aquí? El Esposo. Pertenece al cielo (*qui de coelo est*) y sin embargo habla de la tierra como suya: “*terra nostra*”. Hay que subrayar el dato, porque san Bernardo quiere hablar de nuevo de la Encarnación del Verbo, fundamento de toda unión del alma con Dios. Y en esto se detiene, antes de seguir con el símbolo de la “tórtola”. “En nuestra tierra”, dice el Esposo bajado del cielo. Y lo que dice transmite gran dulzura, porque, aun siendo el “Dios del cielo,... mucho le agradó unirse con la esposa que se eligió de la tierra”.

“Él habla entonces como Esposo y no como Señor. Habla el Amor, y prescinde de su señorío (*Amor loquitur qui dominum nescit*). Además ama como Dios, y *el origen de su amor es él mismo (ipse est unde amat)*. A los que ama los tiene por amigos, no por siervos... Así es, hermanos: el amor no sospecha de nadie ni desprecia a nadie: trata a todos de la misma manera, no sólo los iguala, sino que hace de ellos una sola cosa. Quizás pensarías que Dios es una excepción de esta regla, pero no:

**El que se adhiere a Dios se hace un solo espíritu con él**

*(qui adhaeret Deo unus spiritus est)*<sup>73</sup>.

San Bernardo tiene una fuerza de convicción que se alimenta de su propio ardor y de su experiencia:

---

72 SC 59,1, citando Ct 2,12.

73 SC 59,1-2, con la última cita de 1 Co 6,17.

“¿Por qué extrañarse? –dice–, Él se hizo como *uno* de nosotros. O mejor dicho: se hizo uno de nosotros. Es poco ser igual que los hombres: *jes hombre!* De aquí que reclame nuestra tierra como suya; de aquí proviene su esposa y la sustancia de su cuerpo: de aquí que él mismo sea el Esposo y **los dos en una sola carne**”<sup>74</sup>.

Hay que observar que en todo este párrafo Bernardo juega con la palabra *inde*, que tiene a veces un sentido de lugar, y otras veces una función causal y consecutiva, como aquí. Podríamos decir que el razonamiento es el siguiente: Dios es espíritu, pero al hacerse hombre por amor, se asocia la tierra; y tomando de ella la sustancia de su cuerpo se une a su esposa que pertenece a la tierra, hasta hacerse con ella **una sola carne**. Tengamos presente que en este caso “la esposa” es la propia *humanidad asumida por el Verbo en su Encarnación*. Comulga así con los hombres como Esposo y a quien se adhiera a él le da poder de ser “**un solo espíritu**”<sup>75</sup> con él.

¿Puede sorprender el razonamiento? ¿“Te extraña?” dice el Santo<sup>76</sup>. Es un razonamiento distinto de lo habitual, porque estamos más acostumbrados a considerar que lo espiritual proceda de lo espiritual, haciendo caso omiso de lo terrenal y corporal. No pensó y actuó así Jesús en su amor por nosotros.

La de Bernardo es una intuición que toca en profundidad el misterio de la Encarnación, cuya plenitud humano-divina se derrama sobre todo el género humano, creando igualdad, unidad y reciprocidad.

## Conclusión

Por la misericordiosa iniciativa de Dios que es Amor, Dios y la humanidad han llegado a ser **dos en una sola carne**, y podrán devenir **dos en un solo espíritu**.

En la primera afirmación reconocemos las dos naturalezas de Cristo, coexistentes en un solo ser, y en la segunda, la unión espiritual a la cual es llamada

---

74 SC 59,2: “*Non tamquam unus, sed unus. Parum est parem esse hominibus: homo est. Inde terram nostram vindicat sibi, inde illi sponsa, inde substantia corporis: inde sponsus ipse, inde duo in carne una* (Ef 5,31)”.

75 *Ibid.*; 1 Co 6,17, (cf. lo analizado anteriormente en los primeros sermones).

76 SC 59,2: “*Quidni vindicet?*”.

toda alma que lo desee y que vaya preparándose para esto. La clave está en el hecho de que el Verbo encarnado, “como Esposo participa (*ut sponsus communicat*) de la tierra”. Como ya lo vimos anteriormente, la carne asumida por él se hace mediadora: tiene poder de mediación para los hombres que se adhieren a él. El vínculo será el Amor, que hará de los dos seres un solo espíritu.

## Sermón 61,1-2

### *Unión espiritual*

De este sermón, famoso por el tema de las “santas llagas de Cristo”, me interesan especialmente los dos primeros párrafos.

La esposa ha sido invitada a trabajar en las viñas: “*Levántate amada mía, esposa mía y ven*”. El esposo declara su gran amor repitiendo palabras amorosas<sup>77</sup>, porque la invitación a seguirlo en el trabajo de las viñas, es decir de la salvación de las almas, no impedirá su trato amoroso (*negotium amoris*). Al trabajar juntos, se amarán juntos. Las viñas, que aquí representan las almas, evocan también tiempos de cosecha y hacen presentir el vino del amor en su plenitud.

Con este propósito Bernardo vuelve a hablar del matrimonio espiritual, con la perspectiva de que la esposa haya madurado su tiempo de perfección (*perfecta fuerit*). Entonces:

“Serán dos, **no en una sola carne sino en un solo espíritu**, como dice el Apóstol: **El que se adhiere a Dios se hace un solo espíritu con él**”<sup>78</sup>.

Esta afirmación “no en una sola carne” es interesante para mi análisis, por dos razones. La primera es que la aparente contradicción con el sermón que acabamos de ver (59,2), en el cual había afirmado lo contrario (“serán dos en una sola carne”), se presta para una necesaria aclaración. De hecho, allí Bernardo había vuelto a hablar de la Encarnación, enfatizando la pertenencia del Dios encarnado a la raza humana, mientras aquí, al tratar de la unión mística del alma con Dios, subraya –como siempre– lo espiritual de tal unión.

77 SC 61,1, que cita Ct 2,13.

78 *Ibid*: “*Erunt duo non in carne una, sed in uno spiritu, dicente Apostolo: qui adhaeret Deo unus spiritus est* (1 Co 6,17)”.

En segundo lugar, es interesante la explicación que él mismo da a sus oyentes sobre el significado de las alegorías que él tiene a mano continuamente en su exposición sobre el Cantar. Dice:

“Cuando meditéis en estos dos amantes, no debéis pensar en unas relaciones entre hombre y mujer, sino entre **el Verbo y el alma**. Igualmente cuando hablo **de Cristo y de la Iglesia**; sólo que con este nombre de Iglesia no designamos a una sola alma sino a la unidad o mejor, a la unanimidad entre muchas almas”<sup>79</sup>.

Con esto queda confirmada la equivalencia que tiene para Bernardo en su doctrina la relación personal del alma con Dios y la relación de Cristo con la Iglesia.

### **Sermón 71,4 – 9**

#### *Inmanencia mutua y unión por el consentimiento*

Como dice muy bien Fassetta en su artículo<sup>80</sup>, este sermón está todo dedicado a aclarar el sentido que tiene el versículo de 1 Co 6,17 para san Bernardo en su exposición del Cantar. En esta sección de la primera carta a los Corintios, san Pablo compara la unión carnal con la unión espiritual, y la “una sola carne” es opuesta a “un solo espíritu”. Sin negar lo anterior, para Bernardo la “**una caro**” terrenal, con su carácter de comunión total representa el *símbolo* más adecuado y pertinente de la unión mística, que sin embargo es puramente espiritual. Él aparta con firmeza toda imaginación y todo elemento sensible, aplicándose a precisar las analogías y las diferencias entre la unión del Padre y del Hijo en la Trinidad, y la unión del alma-esposa con Dios.

En efecto, la segunda parte de este sermón es muy interesante para el estudio que me he propuesto. Sin embargo me limitaré a algunos párrafos, dejando de lado las cuestiones teológicas más complejas. Una primera lectura hace ver que el desarrollo doctrinal gira alrededor de una imagen simbólica: la *manducación*, es decir la acción de *comer*. Su origen se encuentra en la Palabra de Dios, y desde una doble vertiente: la del versículo del Cantar que está comentando:

---

79 SC 61,2.

80 Cf. FASSETTA, *art. cit.*, p. 176.

*“Mi amado es para mí y yo para mi amado que se apacienta (qui pascitur) entre lirios” (Ct 2,16).*

y la del Nuevo Testamento:

*“El que come (manducat) mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 6,56).*

Sentido alegórico en el primer caso, y sentido real en el segundo.

En efecto se entrevé aquí un trasfondo eucarístico, aunque Bernardo no lo diga explícitamente. Veamos el texto.

En el Evangelio se narra que el Señor solía descansar y alimentarse en casa de Marta y María (Lc 10,38), restaurando así su cuerpo y su espíritu (*pascebatur corporaliter... spiritum refocillabat*). En esta familiaridad con ellas se reconoce la actitud característica del Esposo “apacentándose entre los lirios”. Se alimentaba, y a su vez espiritualmente alimentaba, en mutuo aprovechamiento, aquellas almas puras de las dos hermanas: “¡De la misma manera como era apacentado, así era como apacentaba!”<sup>81</sup>.

El sentido alegórico es claro, y es fácil considerar cómo pueda aplicarse también a nosotros con un sentido moral. Somos alimentados por el Señor, pero también Él *se alimenta con nosotros*<sup>82</sup>. No se trata de un juego de palabras, y Bernardo con su admirable arte de combinar palabras inspiradas, nos explica su sentido profundo en estos párrafos.

¿Cuál es el alimento del Señor en su trato con nosotros? Lo encontramos en la Escritura, donde se habla del Justo penitente comiendo “ceniza en vez de pan”<sup>83</sup>, y se afirma también que nosotros pecadores somos “polvo y ceniza”<sup>84</sup>. Por consiguiente, con el fin de salvarme, Él se alimenta de mí mismo<sup>85</sup>, que soy

---

81 SC 71,4: “*Hoc ipso quod pascebatur, quomodo pascebat!*”.

82 *Ibid*: “*Cum pascitur pascit, et pascitur cum pascit*”.

83 Sal 101,10.

84 Gn 18,27.

85 SC 71,5: “*Cibus eius ego ipse*”.

polvo y ceniza. Parece una imagen extraña y nos preguntamos cómo sería esto. Con imágenes sorprendentes, describe entonces el proceso de “*asimilación*” de la comida de parte del Señor:

“Me come cuando me reprende, me traga cuando me instruye, me consume cuando me cambia, me digiere cuando me transforma, me une a Él, al conformarme consigo”<sup>86</sup>.

¡Así nosotros somos el triste alimento del Señor! Pero, por mucho que pueda extrañarnos, sigue diciendo que, para que la asimilación –es decir la unión espiritual– sea perfecta, la manducación tiene que ser *recíproca*:

“Nos come y lo comemos para vincularnos más estrechamente a él”<sup>87</sup>.

Observo que el verbo “*manducare*” es exactamente el mismo que se encuentra en la boca de Cristo en el pasaje evangélico de Juan 6,56 ss. Además, en este párrafo la adhesión de la cual nos estamos ocupando es expresada con un verbo nuevo: “*adstringere*”, cuyo matiz sponsal indica vínculo estrecho. Sólo en una inmanencia mutua puede darse la “perfecta unión (*perfecta unitio*)”.

Ahora bien ¿qué puede significar este recíproco “comerse” entre el Señor y el alma que lo ama? Para entenderlo hay que reconocer, en el sentido moral, un *sentido cristológico* más profundo: Él “me come” a su manera, “tragando”<sup>88</sup> mis pecados en su pasión redentora, y entregándose a mí para que yo lo coma a Él. Para esto último son posibles dos interpretaciones: acogiendo su Palabra –como en el episodio de Betania– y recibéndolo en la Eucaristía.

El sentido cristológico aquí no quita, sino que incluye el sentido moral. San Bernardo insiste: “De hecho, si le como y no me come (*si manduco et non manducor*), él entra en mí ¡pero yo no estoy en él!”. Debo aceptar la corrección que me viene de su Palabra y de los acontecimientos de la vida para que mi comunión con él sea perfecta. Y concluye:

---

86 *Ibid*: “*Digeror cum transformor, unior cum conformor*”.

87 *Ibid*: “*et manducat nos et manducatur a nobis, quo arctius illi adstringamur*”.

88 Aquí el verbo es *mandor* – *mandere*.

“Que me coma entonces para tenerme en sí, y que lo coma yo a él, para que esté en mí: entonces será firme nuestra unión e integral la compenetración *si él está en mí y yo en él*”.

La manducación eucarística a la cual alude sin explicitarlo, es evocada por esta última expresión, con clara referencia a Juan 6,56-57: “*El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Así como yo, que he sido enviado por el Padre que tiene Vida, vivo por el Padre, de la misma manera, el que me come vivirá por mí*”.

Nos encontramos aquí en una de las cumbres de la doctrina de Bernardo. Como dice el P. Fassetta:

“Para esclarecer mejor su pensamiento, el Abad de Claraval nos invita a levantar los ojos hacia una unión ciertamente más sublime, y sin embargo análoga (*similem*): es decir la relación del Padre y del Hijo en la Trinidad”<sup>89</sup>.

Veamos el texto:

“Si el Esposo está en el Padre... y el Padre en él, son perfectamente *uno: él y el Padre*<sup>90</sup>. Así también el alma, para la cual lo bueno es **adherirse** a Dios<sup>91</sup>, no se considerará perfectamente unida a él hasta que tenga la certeza de que no sólo él permanece en ella, sino también de que ella permanece en él”<sup>92</sup>.

Hay entonces una correspondencia (*convenientia, similitudo*) entre las dos relaciones de unidad, porque en ambos casos se trata de una unión por inmanencia mutua. Sin embargo, lo que hace la diferencia es que mientras el Padre y el Hijo son “*uno*” (*unum*), el alma perfectamente unida a Dios deviene **un solo** (*unus*) **espíritu con él**: “*Qui adhaeret Deo unus spiritus est*”<sup>93</sup>.

---

89 *Art. cit.*, p. 176.

90 Cf. Jn 10,30: “*Yo y el Padre somos uno*”.

91 Sal 72,28.

92 SC 71,6.

93 *Ibid*, citando 1 Co 6,17.

Y ahora Bernardo, hablando en primera persona a quienes se pregunten sobre la certeza de esta experiencia, en la cual el alma misma puede “percibir a Dios presente en ella y ella en él”, indica para el discernimiento dos criterios convergentes:

1. La autoridad de la Escritura, que afirma: “*Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él*” (1 Jn 4,16).

2. La íntima persuasión del propio amor, comprobada por la seguridad que dan al alma las repetidas experiencias<sup>94</sup>.

Y concluye afirmando que, propiamente hablando, esta es la adhesión de la cual se ha dicho:

**“El que se adhiere a Dios se hace un solo espíritu con él”**

*(Qui adhaeret Deo unus spiritus est).*

“**Esta es la adhesión** (*de tali adhaesione*)”, es decir: el amor, la *caritas* que proviene de Dios, es la que da origen y forma a la mutua inmanencia, hasta permitir al hombre volverse un solo espíritu con él. ¿Hay algo objetivo en este criterio? ¿Cómo estar seguros de la sinceridad del propio amor? Es en el secreto de su conciencia donde el hombre tendrá que comprobarlo, como sabemos todos y especialmente cuando amar implica desprendimiento y olvido de sí.

## **Resumiendo hasta aquí:**

La unión espiritual del alma sedienta de Dios se fundamenta, como en su causa original, en la unión sustancial del Padre y del Hijo. Es participada por el Hijo, el Verbo encarnado, en su cualidad de “Esposo” a su esposa. Lo que hace de vínculo y de puente entre las dos relaciones –la divina y la creada– es el amor divino, la misma Caritas. Ella actúa como una fuerza de vida, un proceso de transformación que Bernardo se complace en expresar con la imagen de la *asimilación* que se da en la “manducación”.

Sigamos viendo otro desarrollo. La sección anterior había concluido con una bella síntesis:

---

94 *Ibid.*: “*Certis fuero persuasus experimentis Deo me adhaerere in caritate*”.

“Dice el Hijo: Yo estoy en el Padre, y el Padre en mí, y **somos Uno**.  
Dice el hombre: yo estoy en Dios, y Dios en mí, y **somos un solo espíritu**”<sup>95</sup>.

En ambos casos reconocemos la mutua inmanencia, pero el modo de estar el uno en el otro es distinto y la unidad “tampoco es la misma (*non est idem profecto*)”<sup>96</sup>.

Para explicar con más exactitud las semejanzas y las diferencias que se encuentran en esta analogía, Bernardo introduce un concepto nuevo que especifica la modalidad propia de la creatura espiritual en su adhesión a Dios. En efecto:

“Si es por el amor que el hombre está en Dios y Dios en el hombre, como dice Juan: *El que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él* (1 Jn 4,16), esto implica cierto consenso por lo que son dos en un mismo espíritu; o mejor dicho: **son un solo espíritu (*unus spiritus sint*)**”.

¿En qué consiste entonces el *consenso* (*consensio*) en este contexto? Consentir de parte del hombre será conformar su voluntad a la de Dios y hacerlo mediante el vínculo del amor:

“Si permanecen unidos por el pegamento del amor (*sibi glutino amoris inhaereant*), se puede afirmar con certeza que son un solo espíritu: no por la cohesión de sus esencias (*non tam essentialium cohaerentia*), sino por *el acuerdo de sus voluntades (quam conniventia voluntatum)*”.

Por eso afirma: “¿Ves la diferencia? No es lo mismo tener la misma sustancia y tener el mismo sentir (*consensus*)”<sup>97</sup>.

Es interesante notar la abundante terminología de comunión que despliega el Santo en este sermón, para describir lo imposible a definir con lenguaje filosófico. Aparecen neologismos que describen el abrazo de dos seres

---

95 SC 71,6.

96 SC 71,7.

97 *Ibid.*

diferentes, mutuamente enlazadas como en una danza en la cual cada uno sigue los movimientos y los pasos del otro... En efecto, el que ama sólo desea consentir con la voluntad del Amado.

La terminología de la “manducación recíproca” indica cuán profundo e íntimo es para Bernardo el proceso de unión, comparable a la “asimilación” que se da en la función digestiva, en la cual una realidad va transformándose en la otra. Más adelante resume otra vez:

“Esta unión de ellos radica en la *comunión de voluntades* y en el *consenso del amor (consensus in caritate)*”<sup>98</sup>.

Y así como la fuente del Amor no está en el hombre sino en Dios, tampoco la iniciativa de la adhesión pertenece al alma. Dios ama porque es Amor, y suscita en el hombre el deseo de responderle adhiriéndose a él: por el “consenso de la voluntad (*voluntatibus consentanei*)”.

“Feliz unión si la experimentas! Como dijo alguien que la había experimentado:

**Para mí lo bueno es adherirme a Dios (*Mihi autem adhaerere Deo bonum est*)**”<sup>99</sup>.

Sin embargo esta adhesión sólo será perfecta cuando el amor recíproco sea tal que se forme entre Dios y el alma una especie de movimiento circular, que casi podríamos llamar hoy una *pericorésis*, una danza por participación:

“Se adhiere a Dios perfectamente (*perfecte adhaeret Deo*) aquel que, permaneciendo en Dios como un amado de Dios, a su vez *atrae a Dios hacia sí amándolo (se traxit vicissim diligendo)*”.

El Santo se complace tanto en este tema que sigue contemplándolo y enfocándolo desde ángulos diferentes, con una riqueza de términos que indican inmanencia y reciprocidad:

“Por tanto, cuando el hombre y Dios están totalmente **compentrados**

---

98 SC 71,9.

99 *Ibid*, con cita del Sal 72,28.

entre sí (*undique inhaerent sibi*) –y lo son cuando permanecen adheridos con un amor tan íntimo y mutuo que lleguen a estar uno en las entrañas del otro (*inviscerati alterutrum sibi*)– entonces sí, Dios está en el hombre y el hombre en Dios”<sup>100</sup>.

Esto es como decir que no basta adherirse a Dios por un momento, en cuanto uno se reconoce amado por Dios, sino que hay que *permanecer* en este amor, como dice el Señor en Jn 15,9. Es lo que significa aquí el verbo *inhaerere*, fácilmente comparable y equivalente al verbo *manere* en San Juan.

### Conclusiones a modo de reflexión y de hipótesis de trabajo

- Desde el comienzo de este Sermón me llamó la atención la insistencia de san Bernardo sobre el tema de la “*manducación recíproca*” entre el Señor y el alma que lo ama, como símbolo de la unión espiritual, que encuentra su más elevada correspondencia (*convenientiam*) en la unión del Padre y del Hijo.
- Me pregunté, entonces, si habría un trasfondo eucarístico en el pensamiento de san Bernardo, aunque no lo explicita.
- En 71,6 encontramos una alusión más evidente a la Eucaristía, o al menos al discurso sobre el Pan de Vida en el Evangelio de Juan, por las referencias a Jn 6,50-58, donde se encuentra repetidas veces el verbo “*manducare*”.
- Si esta hipótesis tiene algún fundamento, podríamos avanzar un poco más, afirmando que si el *Hijo de Dios*, al hacerse *carne* de hombre, se entrega a la “carne” del hombre hasta hacerse “manjar espiritual” en la Eucaristía –“*manducatur a nobis*” y “*manducat nos*”– no sería desacertado afirmar que la finalidad de tan inmenso amor al hombre es asimilarlo a sí y hacerlo “**un solo espíritu**” consigo.
- En el pensamiento implícito de Bernardo, ¿sería entonces en la *mutua asimilación* de la Comunión eucarística donde *la carne del Verbo se hace espíritu* para el creyente?

---

100 *Ibid*, citando 1 Jn 4,16.

En los Sermones que van del 72 al 78, san Bernardo desarrolla otra vez el tema de las “*alternancias*” (*vicissitudo*) y de las “*visitas*” del Verbo al alma. Lo cual le hace profundizar en toda la dinámica de la *búsqueda* y del *deseo*, considerados como “prolegómenos” de la unión esponsal, como ya vimos en el Sermón 31.

## Sermón 75

Este sermón, que trata propiamente de la *búsqueda* de Dios y de todos sus aspectos de parte del alma enamorada, se relaciona, por dos razones, con el tema que estoy analizando. Primero porque san Bernardo procede a elucidar la *realidad espiritual del Esposo*, que después de resucitar está sentado a la derecha del Padre, “permanece en el Padre y desde el Padre gobierna el universo (*Manens enim in Patre, regit cum Patre universa*)”<sup>101</sup>.

Por lo tanto la esposa, todavía débil en su fe y en su amor como lo indica el versículo del Cantar: “*En mi lecho, por la noche, buscaba al amor de mi alma*”<sup>102</sup>, tiene que buscarlo allí arriba y no en la debilidad de la carne. Esto significa para ella trabajar duramente desde la fe y la “disciplina”, como se podrá ver en los sermones siguientes, 76-78. Entonces sí: su amor será espiritual, cuando reconozca con los hechos que “el Esposo es espíritu, y que ella lo ama no con un amor carnal, sino espiritual”<sup>103</sup>.

Es interesante también observar el *trasfondo eucarístico*, claramente mencionado en este sermón y siempre en relación con la realidad espiritual de “mi Señor Jesús” (“*Dominus meus Iesus*”):

“Las personas espirituales no deberían ignorar al *Esposo-espíritu*” (*Sponsus spiritus*). Él es el verdadero Esposo, amante y amable. Así como *su Carne es verdadera comida y su Sangre es verdadera bebida*”<sup>104</sup>.

---

101 SC 75,6.

102 Ct 3,1.

103 SC 75,9.

104 SC 75,2, citando Jn 6,55.

En efecto, el Esposo había bajado del cielo para volver después donde estaba primero:

*“El Pan vivo que baja del cielo es él, el mismo Esposo de la Iglesia: Jesucristo nuestro Señor”*<sup>105</sup>.

## Conclusión

También en este sermón salta a la vista la sutil alusión de Bernardo que ya hemos encontrado en el sermón 71: la “carne” (humanidad) de Cristo, hecha Eucaristía, es alimento de Vida para la esposa y factor transformante en su experiencia espiritual. La búsqueda y el deseo de ella debe, entonces, adecuarse a la realidad de su Esposo: cuerpo resucitado, espíritu vivificante.

## Sermón 79

*Fuerza unitiva del amor (“De glutino amoris”)*

El camino espiritual es un continuo buscar y perder, y seguir buscando hasta encontrar: esto es lo que nos significan los versículos del Cantar que describen a la esposa buscando por la noche al amado de su alma. Fue alcanzada por los centinelas, pero “Apenas los pasé, encontré al amor de mi alma (*quem diligit anima mea*)”<sup>106</sup>.

Amor santo y Fe: éstas serán entonces las cualidades de la búsqueda de la esposa. Se trata de pasar continuamente “de fe en fe”. Porque no basta “*transire*”, es decir pasar a reconocer al Esposo resucitado, sino que hay que seguir adelante (“*pertransire*”) tras él en su ascensión al Padre, hasta “asentarnos por la fe y la devoción allí donde aún no hemos llegado”<sup>107</sup>.

---

105 SC 75,12, con cita de Jn 6,41.

106 SC 79,2, citando Ct 3,4.

107 SC 79,3 “*fide quidem et devotione...stans quo necdum re ipsa pervenit*”.

Al dar este paso, reconocemos a la Iglesia-esposa, que ahora con razón exclama: “¡Lo agarré y no lo soltaré!”<sup>108</sup>. Asentada en la fe ella se lanza hacia el Amor unitivo. Porque nunca faltarán en la Iglesia ni la fe ni la “*caritas*”. En efecto, “nada podrá jamás separarla del amor de Dios que está en Cristo Jesús”<sup>109</sup>. *El Amor de Cristo*: este es el fuerte *pegamento* (*gluten*) que hace que la esposa pueda quedarse agarrada a él.

“Tan fuertemente tiene agarrado al amor de su alma, tan bueno es para ella **estar adherida a Dios** (*adeo illi adhaerere Deo bonum est*)”<sup>110</sup>.

¿Hay alguna soldadura más firme que ésta? Además, al declarar la esposa que no lo va a soltar (“*eum nec dimittam*”), indica que ni puede –por la propiedad misma del “pegamento” divino– ni quiere soltarlo.

Tal vez, sigue Bernardo, Cristo mismo desea ser agarrado por su esposa la Iglesia. Lo confirman muchos lugares de la Escritura:

“Mis delicias son estar con los hijos de los hombres” (Pr 8,31).

“Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).

Si tal es la *caritas* de Cristo, se hace evidente que el *deseo* de unión indisoluble es recíproco. Son dos las voluntades que se tienen agarradas, y nada hay más fuerte que esta unión:

“¿Qué habrá de más fuerte que esta unión, que se ha consolidado con tan apasionada y única voluntad de los dos?”<sup>111</sup>.

La nota dominante de esta voluntad de unión es entonces la *reciprocidad*. Sin embargo, las expresiones de esta *fuerza unitiva del Amor* son específicas para cada uno de los esposos.

“Ella lo agarra con la firmeza de la *fe* y con el afecto de la *devoción*, pero no lo agarraría durante mucho tiempo si no estuviese agarrada por él. Es decir la tiene asida el *poder* y la *misericordia* del Señor”<sup>112</sup>.

---

108 Ct 3,4.

109 Rm 8,39.

110 SC 79,4, citando Sal 72,28.

111 SC 79,5 “*una duorum tam vehementi voluntate*”.

112 SC 79,5.

## Reflexión conclusiva

¿Qué podría ser dicho mejor sobre el Amor de Cristo que nos “primerea” y es el más fuerte? Por esta razón hay que saber interpretar correctamente el pensamiento de san Bernardo en el resumen que encabeza tradicionalmente este sermón. Dice:

“Fuerza unitiva del *amor (De glutino amoris)* por el que la esposa retiene al esposo y no lo suelta”<sup>113</sup>.

Sin embargo no es la fuerza del amor de la esposa la que tiene agarrado al Esposo, sino justamente al revés. Es por la fuerza unitiva del Amor de Cristo que la Iglesia y toda alma sedienta de Dios reciben a su vez la capacidad de **adherirse** y de permanecer unidas a él<sup>114</sup>.

## Sermón 83

*Amor esponsal: “conformación en el Amor y acuerdo de la voluntad”*

Bernardo hace de todo este sermón una admirable síntesis de su doctrina del amor esponsal. Nos detendremos por lo tanto con particular interés.

Comienza afirmando algo maravilloso para todos nosotros, abrumados a menudo por nuestros pecados y “enredados” (*irretitam*) en una multitud de aflicciones y miserias:

“Cualquier alma, aunque esté cargada de pecados, enredada en los vicios, cautiva en el destierro, oprimida y angustiada hasta la desesperación..., puede *volverse (advertere)* sobre sí misma no sólo con la esperanza del perdón y de la misericordia, sino para atreverse a aspirar a las *bodas del Verbo*”<sup>115</sup>.

---

113 Así la edición crítica y todas sus traducciones.

114 SC 79,5.

115 SC 83,1.

Después de haber dedicado tres sermones a demostrar la afinidad (*affinitate*) entre el alma y el Verbo en el proceso de restauración de la imagen y de la semejanza, puede afirmar con autoridad:

“Esta es mi enseñanza (*docuimus*), con tal que el alma no vacile al emprender esta alianza de comunión (*foedus societatis*), y no tema llevar el suave yugo del amor, ¡a una con el Rey de los ángeles!”<sup>116</sup>.

¿En qué podrá apoyarse con seguridad para lanzarse hacia esta alianza esponsal? “¡La *confianza*: (*fiducia*)!” Esta va a ser la experiencia clave para el alma, indicada por la enseñanza serena y positiva de Bernardo en los últimos años de su vida. Es decir la seguridad que deriva de la conciencia para reconocer en sí la *imagen del Verbo*, luminosa (*illustrem*) por la *semejanza* recobrada. En efecto, todos los desarrollos anteriores han ido demostrando cómo esta confianza sea el fruto de repetidas experiencias de la *misericordia de Dios*, que ha ido reformando y sigue con-formando el alma según la imagen del Verbo, lo que Bernardo acaba de exponer en todo el sermón 82. Por eso, ahora dice:

“Lo único que debe hacer (toda alma) es procurar conservar la nobleza de su condición con una vida honesta y tratando de mejorarla por las costumbres y los afectos correspondientes”<sup>117</sup>.

Tratará de no alejarse nunca de Dios, porque esto sería incluso “hacerse desemejante a sí misma. Sin embargo, si tal vez ocurriera esto, “la desemejanza no sería una extinción de su naturaleza sino un vicio”. ¿Podría entonces volver atrás? Y ¿cómo?

“Ahora bien, el regreso del alma es su *conversión al Verbo*, para ser reformada por él y *conformada* a él. ¿En qué? *En el Amor (in caritate)*”<sup>118</sup>.

A continuación, Bernardo va afinando su doctrina sobre la semejanza:

---

116 SC 83,1.

117 *Ibid.*

118 SC 83,2.

“Esta conformación (en el Amor) desposa al alma con el Verbo, pues ya que por la naturaleza es semejante a él, va a mostrar esta semejanza también por la voluntad, amando como ella es amada”<sup>119</sup>.

“Esta conformación” parece, entonces, significar algo muy específico, es decir una forma superior de semejanza, como lo indica la referencia de Bernardo a Ef 5,1-2: “*Vivan en el amor como Cristo los amó (in dilectione...sicut dilexit)*”.

El amor de Cristo aquí puesto en evidencia es una *dilectio*, es decir un *amor desinteresado y preferencial*. La segunda parte de Ef 5,2 (“*se entregó por ustedes ofreciéndose a Dios en sacrificio*”) es la que ilumina este desarrollo de ideas. *Tal* ha sido el Amor de Cristo para con su esposa: su amor preferencial (*dilectio*) hasta el sacrificio de sí mismo. Por lo tanto, así como en el plan de Dios, la Redención es la que lleva a plenitud la obra de la Encarnación, no es difícil reconocer que para Bernardo, en la esposa redimida, la *conformación (conformitas)* perfecciona la *semejanza (similitudo)*: amará como es amada.

Resumo lo que me parece ser la clave de todo. “El fundamento teológico del matrimonio espiritual reside en que el ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Cuando la semejanza haya sido restaurada”, el Verbo-Esposo completará su obra en el alma *conformándola a sí por el amor*<sup>120</sup>:

“Ya que por la naturaleza es semejante a él, se muestra también semejante a él por la voluntad, amando como ella es amada. Y si ama perfectamente, es que se ha desposado”<sup>121</sup>.

La exhortación que sigue es un canto de júbilo que tendría que ser leído por entero, por la emoción profunda que mana del corazón mismo del Santo al comunicar su misma experiencia:

“¿Hay algo más gozoso que esta conformación? Por ti misma te acercas confiadamente al Verbo”<sup>122</sup>.

---

119 SC 83,3 “*talis conformitas maritat animam Verbo ...diligens sicut dilecta est*”.

120 De los apuntes inéditos del P. Bernardo OLIVERA, ocsO.

121 SC 83,3.

122 SC 83,3.

Nada más deseable y frutivo que esta afinidad que se ha venido formando entre el alma y el Verbo y que explica tanta familiaridad mutua, con la confianza de la esposa al acercarse y **permanecer unida** a Él (“*Verbo constanter inhaereas*”). Notemos de paso que el verbo *inhaerere* indica un estado de permanencia, un cumplimiento de la **adhesión** hasta la **indisolubilidad**. ¡Cuanto más el alma entienda esto, más audaz será su deseo!

A continuación, san Bernardo describe entonces el *matrimonio espiritual*: primero como un contrato mutuo, una santa alianza espiritual; y después como “un *abrazo*”, fuerte e íntimo<sup>123</sup> “donde un mismo querer y no querer hace de dos **un solo espíritu** (*unum facit spiritum de duobus*)”.

El Amor esponsal así descrito por san Bernardo implica el acuerdo total de las voluntades (*conniventia voluntatum*) y es un afecto *inclusivo* en absoluto, que trasciende, sin excluirlos, los demás afectos:

“El Amor se basta y desborda (*ibi abundat*); allí donde se presenta convierte en sí los demás afectos y los hace cautivos. Por tanto, cuando la esposa ama, *ama*, y no sabe nada más. En cuanto a él: merece el honor y la admiración, sin embargo *preferere mucho más ser amado*”<sup>124</sup>.

El efecto transformante e inclusivo del amor, Bernardo lo demuestra comparándolo con los demás afectos, incluso los más cercanos y familiares como entre padres e hijos; y concluye con un texto de alta inspiración espiritual y poética. Hay que llamarlo:

### EL CÁNTICO DEL AMOR

“El Amor basta por sí solo.  
Agrada por sí solo y por causa de sí.  
Él es su propio mérito y premio.  
No necesita causa alguna fuera de sí ni otro provecho.  
Su fruto es su propio ejercicio (*Fructus eius, usus eius*).  
Dice: “*Amo porque amo. Amo para amar.*”

---

123 *Ibid*, “*Vere spiritualis sanctique connubii contractus est iste. Parum dixi, contractus: complexus est*”.

124 *Ibid*: “*quae amat, amat*”... “*ipse amari tamen plus amat*”.

¡Gran cosa es el Amor (*Magna res Amor*)!  
con tal que vuelva siempre a su origen,  
se derrame en su fuente y de ella tome de nuevo  
para seguir fluyendo”<sup>125</sup>.

Y concluye: entre todos los impulsos, los sentimientos y los afectos del alma, el Amor es el único con el cual la creatura puede responder a su Creador, con una reciprocidad semejante (“*de simili mutuam rependere vicem*”). Todos los demás afectos que rigen los comportamientos humanos no pueden ser mutuos, como en el caso del siervo, del mercenario y del hijo. Incluso los hijos, por muy sumisos y buenos que sean, siempre están expuestos a una tentación: el propio interés. ¿Podría decirse esto de la esposa? No, porque su amor, por definición, es *puro*. Si no fuera así ella no sería “*la esposa*”:

“El amor puro no es mercenario... Puro es el amor de la esposa. Su sola riqueza y esperanza es el Amor. Lo tiene en abundancia y el Esposo está contento con él”<sup>126</sup>.

Es cierto que la esposa ama en un grado inferior al de su Amado, pero aquí no se trata de proporciones o de cantidad, sino de la calidad del amor espiritual y místico: la naturaleza del Amor es la misma *en Dios y en la creatura* en la cual él se derrama.

Si la esposa ama con todo su ser, “nada falta donde está el todo”. En cuanto a Dios, ¿*para qué fin Él ama?*

“Cuando Dios ama no quiere otra cosa más que ser amado, porque no ama nada más que *para ser amado*, sabiendo que gracias a su mismo amor serán felices los que lo amarán”<sup>127</sup>.

¡De eso se trata: *Dios quiere ser amado, y por eso su Amor crea reciprocidad*, con el fin de hacernos partícipes de su misma dicha!

---

125 SC 83,4.

126 SC 83,5, “*Sponsae res et spes unus est Amor. Hoc sponsa abundat, hoc sponsus contentus est*”.

127 SC 83,4.

Al verse tan amada ¿qué hará ella para amarlo a su vez? Renunciando a los demás afectos, se entrega toda ella únicamente a amar, “para responder al amor con el amor”<sup>128</sup>. Y Bernardo vuelve a su tema predilecto: sólo la esposa puede amar así, habiendo sido amada antes y mucho más, ya que en el *consenso de los dos consiste el matrimonio (connubium) íntegro y perfecto*.

Con acentos de júbilo describe las cualidades más elevadas de semejante experiencia que muy probablemente ha sido la suya:

“¡Dichosa aquella a quien se le ha dado experimentar un abrazo de tanta suavidad! Es un amor santo y casto, un amor sereno y sincero; un amor mutuo, íntimo y fuerte, que une a los dos seres no en una sola carne sino en **un solo espíritu**, que de los dos ya no hace dos sino **uno**, según dice Pablo:

**“El que se adhiere a Dios se hace un solo espíritu con él”**  
(*Qui adhaeret Deo unus spiritus est*)<sup>129</sup>.

### Conclusión final:

Había empezado preguntándome sobre el sentido al que apunta san Bernardo con sus frecuentes referencias a la **adhesión** del alma a Dios hasta devenir “**un solo espíritu**”. Mis modestos análisis han sido un intento para averiguarlo y ofrecer unas pistas para que otros amigos de san Bernardo sigan buscando y, creciendo en la devoción y el amor, reconozcan el inmenso amor de Jesús que siempre nos busca primero.

*Monasterio Madre de Cristo  
C.C. 16 – B7318XAA  
Hinojo – Pcia. de Bs. As.  
ARGENTINA*

---

128 SC 83,6, “*respondere amori habet in reddendo amore*”.

129 *Ibid*, citando 1 Cor 6,17.